

Académica María Mélida Durán Merchán

Una de las secciones especialmente nostálgicas pero a su vez más trascendentales es esta de Obituarios en la revista *"Medicina"*. Acostumbra ser uno de los nichos literarios de la prolífica y versátil pluma del Académico Efraím Otero o de la pulida pero algo menos abundante del también Académico Zoilo Cuéllar.

Puede ser esta sección de igual manera la semilla biográfica para aquellos ilustres médicos colombianos que por esta Institución pasaron, que llamamos "necrológica", para darle un toque menos fúnebre y más alegre, pues destaca lo mucho de positivo que tuvo la vida de quien se escribe.

Nos duele hacerlo hoy sobre María Mélida Durán Merchán, a quien me costó trabajo dejar de decirle "de Rueda", en referencia a su compañero de tantas luchas y padre de su hijo Marcelo, el urólogo de Marly, Manuel Rueda Salazar.

Y repito que siento consternación al hacerlo pues su edad distaba mucho de la de aquel personaje a quien se refería el Académico Laurentino Muñoz al conversar con su amigo Germán Arciniegas, un par de intelectuales a quienes la senectud no quitó vitalidad alguna. Vio pasar a algún conocido que rondaba en los cien años y dijo: "¿no es ese el que murió el año pasado?"

María Mélida se animó a meterse en estas lides de la medicina e hizo su pregrado en la Javeriana, en donde tuvo la fortuna de darle algunas clases. Algunos colegas la acompañaron en esa travesía estudiantil, para citar algunos, Armando Gaitán, Rafael Gutiérrez, Ernesto Gualteros, Manuel Rueda y mi hermano Daniel. Hizo su especialidad en dermatología y en un comienzo bajo la sombra del Académico Fabio Londoño, logró rápidamente ascendente carrera como uno de los pilares del "Centro Dermatológico Federico Lleras Acosta". Siendo su ocasional paciente me contaba cómo en alguna visita que hizo a Tailandia, ese "tigre asiático" con los mismos problemas nuestros, había logrado subirse al tren del desarrollo.

El "dermatolocho", como cariñosamente lo llamaban los estudiantes javerianos, pues allí no se cumplían largas jornadas ni extenuantes turnos, fue el sitio donde la doctora Durán se consolidó como una moderna docente de las enfermedades de la piel. De los antiguos, recuerdo al abnegado profesor Víctor Piñeros y Piñeros, quien trataba horribles casos de



avanzada sífilis en sus pacientes, prostitutas por lo general; y al doctor Medina Pinzón, siendo ambos del entonces vetusto Hospital de la Samaritana, institución que sorteó con éxito los embates de la modernidad. De este último recuerdo una gran disertación que hizo sobre el "eritema multiforme", al pie de la cama de un enfermo del Hospital Militar, interconsultado por los que a la sazón trabajamos en medicina interna. "¿Y que lo causa, Profesor?", a lo que Medina respondió: "¡Ah! para eso están los internistas".

Perdóneseme que divagara sobre aquellos maestros que basaron su especialidad, de acuerdo a la ciencia de la época, en la dermatología descriptiva, de "atlas", al igual que la endocrinología inicial, de "circo". En contraposición a los modernos, entre quienes se encontraban Durán, Londoño y en Cali, Rafael Falabella. Momento estelar vivía María Mélida cuando en algún magno evento en el Dermatológico "mojó" prensa al lado del ex presidente Lleras Restrepo en primera página de "El Tiempo". Cumplió allí su ciclo y tuvo que dejar aquella magna institución.

Vino entonces al Hospital San Ignacio, donde se dedicaba a enseñar la inmunología de la piel. En algún número de la revista "Universitas Medica", que en una época resolvió sacar ediciones monotemáticas al mejor estilo del "American Journal of Medicine", bajo la hábil dirección del editor Jaime Bernal Villegas, María Mélida escribió documentados artículos sobre ésta, que me parecía incipiente disciplina, y que al leer alguno de ellos -no me ruborizo al decirlo-, aprendí a entender cómo era aquello de los anticuerpos monoclonales.

En San Ignacio tuvo también, con Lázaro Jiménez y conmigo, una "clínica de hirsutismo". Jamás en mi práctica endocrinológica había visto casos tan asombrosos de mujeres velludas, que no hubiera dudado en calificar de "cánceres suprarrenales", pero que resultaban ser benignos "hirsutismos idiopáticos", benignos en cuanto a mortalidad, pero malignos en cuanto a que daban estocada fatal a la vanidad de aquellas pacientes. Las tratábamos con dosis altas de un conocido antiandrógeno, al que combinábamos con anticonceptivos hormonales para evitar la natural amenorrea, con sus consecuencias sobre el hueso y otros tejidos, y con resultados clínicamente dudosos pero "estadísticamente significativos".

Otra faceta de María Mérida fue su gran javerianidad. Trabajábamos hombro a hombro en muchos congresos de la Asociación de Médicos Javerianos. En aquella época era la médica de moda para entrevistas en los medios masivos sobre temas relacionados con la piel, lo que ella modestamente consideraba un sistema más para "educar a la

comunidad". Aprecié también su alegría y compañerismo cuando celebraban sus aniversarios de egresados, festividades a las que naturalmente me encontré vinculado, gracias a la participación de mi hermano Daniel Jácome, neurólogo javeriano y Académico Correspondiente Extranjero, porque reside en los Estados Unidos.

Mas lo que me hace quitarme el sombrero ante su tumba es su extrema presencia de ánimo, que mantuvo hasta último momento a pesar del fatídico diagnóstico que la llevó rápidamente a dejarnos. Un par de semanas antes se posesionó como Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina. Y a escasos dos días de su muerte, ya al borde de la tumba, finalizó su tradicional curso anual de dermatología, pues creyó que hasta el final debe uno compartir con los demás los dones que Dios nos ha dado.

Académico **Alfredo Jácome-Roca**

Académico de Número

Miembro de la Comisión de Publicaciones

Académico Miguel Trías Fargas

Nacido en Barcelona, Cataluña, el 9 de agosto de 1924, llegó el doctor Trías a Colombia a muy corta edad; se graduó como médico en la Universidad Nacional de Colombia y se especializó en Cirugía del Tórax en importantes instituciones de Inglaterra y Francia. Ejerció con brillo dicha especialidad en los Hospitales San Carlos, Santa Clara y San José de la ciudad de Bogotá, así como en la Fundación Shaio, a cuyo nacimiento contribuyó. Su trascendental labor en la Asociación Pro Bienestar de la Familia Colombiana, Profamilia, que dirigió desde 1973 hasta 1994, y en la Fundación Pro Derecho a Morir Dignamente, D.M.D., que presidió desde 1995 hasta sus últimos momentos, ha sido objeto de merecidos elogios y se reflejó en importantes progresos de la salud y de la calidad de vida de los colombianos.

La Academia presenta, el nombre y la vida del doctor Trías Fargas como ejemplo de rectitud, virtudes médicas y alta calidad humana.

Académico **Juan Mendoza-Vega**

Vicepresidente

Coordinador de las Comisiones Permanentes
de la Academia

